

be relacionarse con dos factores principales: la preparación seria que lo precedió y la independencia de juicio, característica precípua del investigador, que permitió rectificar rumbos equivocados y sentar afirmaciones originales, nuevas, en armonía con la realidad. La preparación previa—hay que decirlo claramente— no había sido realizada en tal forma por ninguna de las comisiones que subieron a los Andes. La crítica que, sobre este punto, hace Monge (refiriéndose en especial modo a la comisión Barcroft, 1922) está plenamente justificada. La apreciación final de los fenómenos observados, además de la nueva adquisición clínica que nos trae, demuestra que Monge ha echado los cimientos de la Fisiología del Hombre de los Andes. Monge sostiene que hay “una biología propia a nuestro país, que debemos estudiar” y rechaza rotundamente las afirmaciones de Barcroft quien, además de haber confundido constantemente la aclimatación con la adaptación, llega a hablar (a semejanza de Jourdanet para Méjico) de una pretendida inferioridad física y mental del hombre andino. No escapará a nadie la importancia del trabajo de Monge para el recto conocimiento de la “Biología del Indio”, desbaratando así afirmaciones inexactas y generalizaciones infundadas.

¿Por qué no subrayar, en fin, el carácter simpático de la labor “colectiva” de investigación científica realizada por el Maestro con sus colaboradores y alumnos, en sitios “donde fué preciso, alguna vez, soportar sin abrigo la inclemencia de las cumbres andinas eternamente frías, y darse siempre con animales de experimentación?”

Buena es la presentación tipográfica de la obra, rica en tablas, gráficos y fotografías. Sólo lamentamos la ausencia de un sencillo índice, cuando no de varios analíticos, como la obra merece. ¿Debemos ver con agrado el empleo de los “pies” como medida de altitud, mientras la medición de los objetos, para los fines metabólicos, ha sido expresada en kilos de peso, me-

tros de estatura y metros cuadrados de superficie corporal, prescindiendo justamente de “libras” y “pulgadas”? Mas, creemos, “naevus, pulcherrima in facie, nitens”.

El aporte positivo que este trabajo representa para la Patología peruana solo es superado por sus alcances relacionados con la Fisiología del Hombre Andino. En ambas direcciones sabemos que, para Carlos Monge, los éxitos no constituyen estancamiento, sino etapas en su camino.

h. p.

Humberto Zarrilli. | EL LIBRO DE LAS IMAGENES. | Montevideo, 1928.

En el Uruguay hay tantos poetas como postes. Unos sostienen la tarde, la luna; otros, el alambre conductor del último tomo literario europeo; y, los menos, y mejor intencionados, afianzan su propio cielo. Poetas nativistas, de emoción social, cosmopolitas, etc. ¿Pulso último o atrasado? Sea como fuere. Aquí el libro de Zarrilli con sus vientos ralos de fijación. Libro de dos lados. Cara y sello. Poemas de corte nuevo, bañados con agua ultraísta. Versos de matiz conservador. Libro de dos caras. — El poeta en muchos de sus poemas atrapa estrellas, diluye el cielo. Su frescor llega hasta el alba. Queremos en verso lo anímico, lo puro. Dejemos a la prosa lo vacuo, lo flojo de emoción auténtica. El empleo de versos largos o cortos, no interesa por cierto. Es de fuerza quitarse ya ese estridentismo ortográfico, para mostrarse más serenos, mejor orientados, sin alocamientos. Tiene el poeta en sus labios el canto que llegará pronto. ¿Su mejor poema? Muchos desbordan del libro. Muchas de sus imágenes no llegan a tales. Tropos, mejor, tropos. Sin embargo, por su fino lirismo, por la fuerza imaginista, por su arrullo tierno hacia el mundo, (urbano a lo Frugoni), por lo animado de ciertas metáforas; es un libro casi seguro.

J. V.